

Contra el tiempo

Miguel Ángel Asturias: 50 años del Nobel

 Noé Jitrik

Debe haber sido a fines de la década del 80 que Luis Cardoza y Aragón me dijo, casi en secreto y con cautela, como queriendo hacerme compartir una dificultad, que pensaba escribir, o ya lo estaba haciendo, un libro, biografía o algo más, sobre Miguel Ángel Asturias, algo olvidado u omitido o congelado por las academias en ese momento. Había recibido la visita, en otro registro de la clandestinidad, de Rodrigo Asturias, hijo de Miguel Ángel, vinculado con uno de los tantos grupos guerrilleros que en Guatemala bregaban por sacarse de encima, lo digo de manera elíptica, esa sempiterna presencia de un autoritarismo que se había instalado a sangre y fuego desde hacía décadas: sobre esto otros saben más que yo. Cardoza escuchó a Rodrigo, acaso lo aconsejó, tal vez Rodrigo lo consideraba un sobre-padre puesto que, según leo, el padre, por sufrimiento o por alguna otra razón, no lo acompañaba o protegía, es muy complicado comprender esos vericuetos del alma humana.

Guatemala estaba muy presente en mis preocupaciones de ese momento en México; había logrado la amistad de una buena decena de exiliados guatemaltecos de modo que podía palpar un ansia y una desazón que no vulneraban la lucidez y el talento de todos ellos. Alaide Foppa muy querida y respetada por su vocación feminista y su compromiso vital con su país había decidido regresar a su patria enfrentando el enrarecido, envenenado más bien, clima político que hacía de la vida cotidiana una permanente tragedia, con el objeto de compartir una esperanza o un horror que, casi en seguida, en 1980, hizo de ella una víctima.

¿Es extraño que esas imágenes me asalten ahora, en el homenaje a una figura que tuvo que ver con toda esa historia y con su insoportable presente? Recupero, para que mi imaginario funcione de otro modo, no inundado por la tristeza, el libro que Cardoza y Aragón me había anunciado que estaba por escribir, en la certeza de que ese texto me abriría algún camino para entrar así sea fugazmente en esa vida plena, que todavía recordamos, pues su obra está inscripta no solo en los anales de la literatura latinoamericana sino en esa entidad deseable y soñada, de a ratos en zozobra, de a ratos disfrutando de una oportunidad, que llamamos Latinoamérica, ese enigma al que Asturias se acercó inolvidablemente.

No he podido en estos días volver a los textos de Asturias: me lo ha impedido el hecho de que no me ha abandonado cierto propio, y torpe, denuedo por proseguir vagas empresas de escritura y no menos exigencias de lectura, algunas placenteras y gratificantes, otras obligatorias y fastidiosas, hay de todo en este mester.

Me protejo, entonces, en mis recuerdos de *El Señor Presidente* y de *Viento fuerte*, esas crónicas de dos formas de la ignominia que ha afligido y lo sigue haciendo a América Latina. Y, acaso, con la fuerza que eso puede tener, de un fugaz encuentro con Asturias en Buenos Aires, supongo que en la década del 60, antes del Premio Nobel. No recuerdo haber hablado con él de *El señor Presidente*, ni siquiera de haber hablado con él: lo veo como un tótem, imponente y silencioso, me impresiona su cara como esculpida en madera y me pregunto qué hacía en esta ciudad que, y eso era una explicación, resplandecía de figuras fundamentales: Neruda pasaba por ahí, Roa Bastos vivía en ella, Gómez de la Serna paseaba su humanidad por la calle Florida, las editoriales descubrían y divulgaban y cuánto más que podría evocar.

Me refuerza, ahora, junto con el libro de Cardoza y Aragón, la “biografía breve” de Asturias, entrañable retrato que traza su sobrino Gonzalo, fiel custodio de su memoria. Sé algo más de él, no solo del momento en que recibe el premio; adivino, como en escorzo, lo que era la vida en ese país en las primeras décadas del siglo XX, cómo Asturias se fue formando, cómo fue descubriendo lo que he llamado la ignominia de la dictadura pero también el deslumbrante mundo maya así como lo que fue para él la inyección surrealista. Tan fuerte como para haber afirmado y desarrollado la idea del realismo mágico que interpretó con tanta audacia la secreta génesis de una probable cultura latinoamericana y dio sustento a una prosa cuyos giros, cuya sintaxis, abordaba y resolvía el viejo problema de la inarmónica relación entre densidad de la escritura (el surrealismo y la vanguardia en general ponían el acento en ello) y lo obsesivamente inmediato y local, eso que Henríquez Ureña designaba como el enigma o el proyecto de “nuestra propia expresión”. Gracias al surrealismo, Asturias formuló esa propuesta que alcanza cumbres barrocas en *Hombres de maíz*, pone en escena la dureza de un conflicto que concentra la pasión latinoamericana de la identidad.

Y lo primero que me surge es la reflexión que hace Cardoza y Aragón acerca de si, como lo sostienen algunos quizás algo mecánicamente, la vida de un escritor explica su obra o, como lo predicaban otros, en la obra está su vida y, por fin otros, más audaces, en que no hay por qué preguntarse semejante cosa. Y otra pregunta, ¿por qué habría que preguntarse por el hombre, por más que haya sido capaz de producir una obra? ¿Hay derecho a ello? Como me es imposible entrar en ese aspecto y como tampoco puedo juzgar lo que va de una formación primigenia católica a una adhesión comunista, pasando por una relación itinerante con gobiernos guatemaltecos, solo me es posible acercarme, arrimarme, acordar mis recuerdos con alguna escena que puede tener cierto interés.

En particular la circunstancia, 1967, en que se le otorga el Premio Nobel. Nadie sabe, creo, cómo ni quién decide que se le debe dar a uno o a otro escritor, es imprevisible, supremo secreto de una Academia a la que se le atribuye saber y estimar todo lo que pasa en la literatura del mundo, claro que mediante atinadas o interesadas propuestas que llegan de diversos lugares; el hecho es que coincide con el estallido literario que cubrió el continente en ese mismo momento, una especie de cielo lleno de estrellas de primera magnitud, convocadas por Cortázar y Fuentes, pero despertadas de un injustificado letargo, vivas todas, Carpentier, Onetti, Borges, García Márquez, Arguedas, Guimarães, Monterroso, Roa Bastos, Rulfo, Neruda, cuyas luces se concentraban en forma de un premio de alto voltaje en Asturias como figura que las proyectaba a todas aquí abajo, en la tierra toda, en el mundo entero.

El premio fue a una obra que evocaba un mundo maravillosamente mágico pero dolorosamente real, en el momento de una ebullición crítica histórica pero que precedía a una época negra en la que los fantasmas de Estrada Cabrera, Ubico, Méndez

Montenegro, Castillo Armas y otros parecían estarle soplándole en el oído a nuevos dictadores las indicaciones de lo que podían ejecutar para celebrar el sangriento festín que ocupó los setentas y parte de los ochentas en todo el continente, en Guatemala ni hablar.

No faltaron reconocimientos ni homenajes a la obra de Asturias, tampoco silencios, la lectura tiene eso, a veces es atraída, a veces deja de estarlo; por eso evocarlo y recordarlo es oportuno, no se lo puede perder; quizás en Guatemala se recuerde este aniversario pero tiene mucho sentido recordarlo aquí, en Buenos Aires: aquí vivió, aquí publicó, hizo amigos y amó, seguramente recordó, quizás añoró, cómo se desplegaba el tiempo en una ciudad que hervía y que intentaba, interminablemente, comprenderse.

